

La poesía y la felicidad

Natalia Pikouch

¿Para qué sirve un poema? Sí, ¿para qué? Pues para lo mismo que la sopa, los zapatos o las computadoras —sólo que el poema es más efectivo—: ¡para ser felices! En verdad, todo lo que hacemos, adquirimos o inventamos lo hacemos con el propósito, consciente o no, de ser más felices. Seré más feliz si el suelo no me hiere los pies, más feliz si no tengo hambre, si puedo realizar el trabajo más fácil y rápidamente...

¿Y el poema? Bueno, seré más feliz si seré más yo. Si me conozco, si me amo más. Pues, a fin de cuentas, ¿quién es el que va a ser feliz? ¡Precisamente, seré esta persona! Pero ¿qué tiene que ver la poesía con eso de ser yo?

Cada vida, cada corazón canta su canción. Una especial, para los días soleados y cálidos, otra diferente para los sombríos, otra más para las noches solitarias... La vida va cantando quedamente, pero casi nunca la escuchamos. Sólo las personas más atentas, más despiertas, las que se toman tiempo para oír los latidos del mundo, los de los corazones propios y ajenos, los del corazón común de una ciudad, de una cultura, del universo, advierten estas canciones y, a veces, las transcriben para nosotros. Son capaces de distinguir la profunda canción silenciosa bajo el ruido y el

movimiento de la actividad, y cuentan con los medios para reproducirla. Los llamamos “poetas”.

El poeta nos hace recordar cómo oír al propio corazón, nos conecta con nuestra propia alma, ¡nuestra propia, no la de él! Cada poema que nos toca, que nos gusta, que nos conmueve, es un hilito de conexión entre nuestro exterior y nuestro núcleo. Es como un ovillo mágico del cuento de hadas que rueda delante de nosotros para llevarnos hacia nosotros mismos. Muchas veces encuentra obstáculos en este camino y obra como una excavadora. Con cada lectura abre un pequeño trecho del túnel a través de las rocas de la insensibilidad. Por eso, un poema que merezca este nombre nos gusta más y más a medida que lo volvamos a leer y, a la vez, nos prepara para los poemas futuros. Hasta que llegue el momento de intensa felicidad de encontrarnos cara a cara con nosotros mismos.

Y la poesía teje este camino por siglos —éste es su oficio—, para cada nación, cada cultura, cada idioma.

Claro está, el poeta necesita traducir las cosas inexpresables, indecibles de nuestro interior en un lenguaje comprensible, con imágenes imaginables, con palabras conocidas. Él es un

gran mago y un traductor de lo mágico a lo cotidiano. El camino hacia nuestro interior se convierte en un paisaje, en la vista de un atardecer, en una queja amorosa o en una descripción de la batalla. Pero el texto traducido conserva su contenido —¡su magia!— original, y así, poco a poco, aprendemos de la magia, de nosotros mismos y, sobre todo, aprendemos a encontrar el camino hacia nosotros y a escuchar nuestra canción. En un poema habla todo: las palabras y los espacios entre ellas, las comas y su ausencia, los sonidos y los silencios, la manera de construir las líneas y las estrofas, el ritmo y la rima. Todo trae su mensaje encriptado, comprimido hasta el máximo que se desenrolla dentro de nosotros.

La manera como el poeta encuentra el alma del lector que ni siquiera conoce, también es mágica: lo halla dentro de sí mismo, que en lo más hondo ¡resulta unido con el lector! Este sentimiento de unión con el alma del poeta es otra fuente de felicidad para el lector.

El poeta no adorna ni arregla nada, sólo descubre la verdad y la cuenta, y si el mundo del poema nos parece mucho más hermoso que el mundo de nuestra vida diaria, ello se debe únicamente a que comúnmente no vemos bien, no somos suficientemente agudos para captar lo que él es capaz de percibir. Es decir, la poesía nos entrena para ver la realidad, para percibir el mundo más completamente, en toda su grandiosidad y belleza.

Cada nación, cada idioma, no obstante la diversidad de las vidas individuales, tiene su particular modo de sentir y actuar, su propio latir, su canción especial, como si cantada en coro, muchas voces separadas, pero una melodía común... Este carácter particular se expresa en el arte y, en primer lugar, en la poesía. La poesía nacional es la expresión más completa del alma nacional; la poesía en un idioma es el alma colectiva de todas las personas que hablan este idioma. Es diferente de todos los demás y no puede ser vertida en ningún otro idioma. Conectarse con esta alma desde una muy temprana edad es un derecho de nacimiento y una fortuna para cualquier persona.

*Natalia Pikouch (Ucrania, 13 de mayo de 1952-Medellín, 26 de marzo de 2007). Filóloga y pedagoga, fue profesora de literatura en la Universidad de Antioquia. Coautora del volumen de cuentos Cucarachita Martínez, publicó numerosos ensayos críticos sobre literatura, y los libros El botón azul (Premio Rafael Pombo de Literatura Infantil, 1983), Poesía para niños. Antología de la poesía escrita en español (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2000) de cuyo prólogo extractamos el texto aquí publicado, y Cinco ensayos sobre literatura rusa contemporánea (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2007).